

REVISTA

Fernando Álamo

RECUERDOS DEL PORVENIR

...

CARLOS DÍAZ-BERTRANA

La exposición de Fernando Álamo en la Galería Andreas Bastian de Múnich establece una dialéctica visual entre la complejidad y lo remoto. La percepción del pasado, a través de las obras de algunos artistas, y de la estética surreal, concluye en un reconocimiento de la belleza convulsiva y de la libertad que invocara André Breton como atributos de la obra de arte. En unas imágenes que homologan las incertidumbres de hoy con una tradición renovada, e informan de la sustitución del concepto de progreso lineal por una ontología pendular, que oscila eternamente, entre el origen y el porvenir, entre las raíces y la complejidad.

El espacio pictórico de Fernando Álamo reconcilia la innovación con una lectura asimilada y selectiva de la tradición. Funda su singularidad en un sistema abierto e inacabado que precipita el tumulto de la contemporaneidad y el asombro surreal.



Avec Matisse, 1997. Técnica mixta sobre tela, 146 x 114 cm.

bres, la condición humana y sus contradicciones, la complejidad de una existencia que simultanea el hedonismo y la necrofilia, lo sensual y lo descarnado, lo brutal y lo sofisticado, al exégeta y al demiurgo.

La pasión por la foresta y lo arcaico de Henry Rosseau, la sen-

La última obra de Fernando Álamo es la de un viajero de la historia del arte y del tiempo. *Souvenirs de Rosseau*, de Matisse, de Beckman y de Bruce Nauman conviven junto a los remotos cráneos de los guanches, los aborígenes que vivían en las Islas Canarias antes de su anexión a la Corona de Castilla. La memoria cultural y el soplo telúrico se aparean con las impresiones y anécdotas que surgen en el viaje, en la travesía del artista hacia el fondo del ser. Una aventura que concita el sueño, la imaginación, la relectura del pasado y la investigación de la fenomenología contemporánea. A la que el artista añade su impronta y sus incertidum-

sualidad cromática y la visualización del ritmo de Pierre Matisse, la cru-
 zada expresionista de Beckmann y la inferencia de los límites y del equi-
 librio de Bruce Nauman. Estos son los naipes de Fernando Álamo en
 este viaje sin destino que recupera la pasión del andar, el placer de ir
 de un lado para otro. Un deambular insensato que se asemeja al dis-
 currir de la existencia de los hombres y del cual el artista nos deja hue-
 llas e informes: cuadros que enfocan la extrañeza del vivir, la fuerza del
 deseo, la improbable belleza de las flores, de las plantas y de los pája-
 ros, y la terrible faz de la muerte que anuncian las calaveras.

Ambivalente es el espacio pictórico en el que Fernando Álamo
 inserta su pasión, su conocimiento y sus intuiciones. Turbio en lo hon-
 do y diáfano en la imagen, con densidad pictórica y claridad expresiva.
 Es un recinto que acoge la frescura del pensamiento contemporáneo,
 su desdén por los grandes relatos y las ilusiones colectivas. Una pintu-
 ra que vindica el goce sensorial y lo culinario, al tiempo que inscribe las
 metáforas existenciales con levedad. La angustia del acto creativo que-
 da al margen, el artista no exhibe su lucha interna sino el resultado.

Conoce a su contemporáneo espectador, que se basta con la superfi-
 cie, con lo emergente. No es un hombre de profundidades, es necesá-
 rio seducirlo rápido, de un golpe de vista. Por eso algunos artistas ac-
 tuales, como Fernando Álamo, intentan crear imágenes francas. Lo re-
 tiniano vuelve a ser sustancial a la pintura y la novedad de la imagen es
 menos fundamental que su lozanía.

En otros tiempos no lejanos lo importante era crear nuevas pro-
 puestas formales. Hoy se le exige al artista alumbrar un mundo propio
 que no eluda la complejidad coetánea y se manifieste con sencillez y
 transparencia. Con un lenguaje que para otorgarse el calificativo de ac-
 tual no tiene que prescindir de la tradición del arte y de su cultura, si-
 no ramificarla de una forma otra y percutente.

Por este sendero y andando en la selva del tiempo avanza la pin-
 tura de Fernando Álamo, alejándose del barroquismo de antaño y de
 lo hermético, clarificando la dicción de su discurso, aprovisionándose
 cada vez más de la ironía y de lo sutil. Y sin olvidar a la bestia ancestral
 que acompasa a los hombres y los abisma en los misterios del sueño y



Souvenir Rousseau, 1997. Técnica mixta sobre tela, 146 x 228 cm.

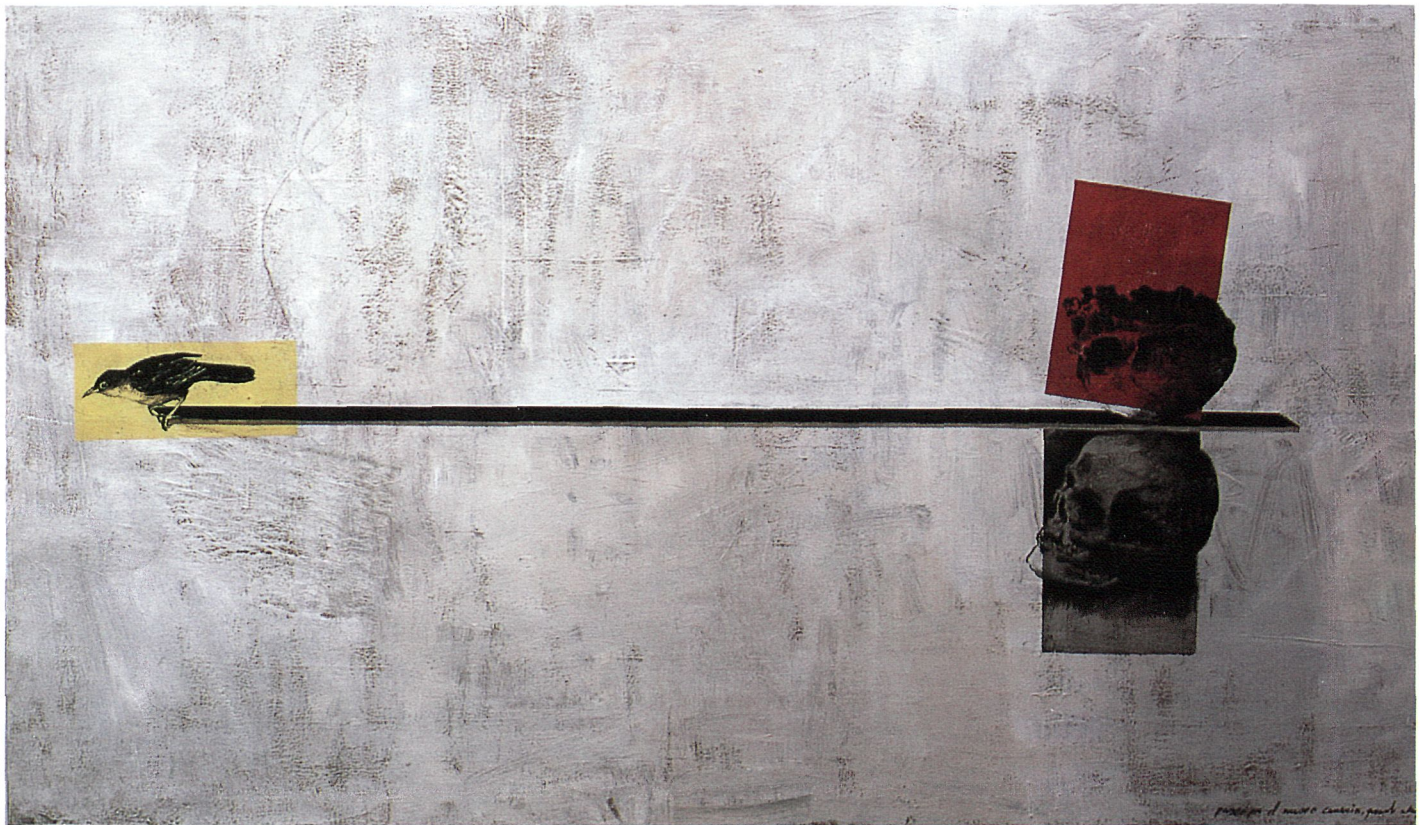
de la irrealidad poética. Un compañero de viaje de Fernando Álamo que le aporta una especie de surrealismo acrónico capaz de hacer coincidir, en una barra de equilibrio que también es balanza, a una calavera y un pájaro.

Encuentros fortuitos que vigorosamente pueden transformarse en hallazgos plásticos, como sucede con la cinta de embalaje que acompaña la deriva de las flores y recupera con fina ironía un viejo truco de la pintura: *el trompe-l'oeil*. Una vez más nuestro artista finisecular usa y desmitifica un recurso de la tradición pictórica que, mediante la descontextualización, vuelve a ser visible. La argucia conceptual remite a los *ready made* de su artista favorito, Marcel Duchamp. Aunque, como es habitual en estos tiempos que no son heroicos, la apuesta es menos radical que sutil y humorística.

A menudo artistas centroeuropeos exponen sus obras en las Islas Canarias, algunos como Dokoupil y Albert Oehlen pasan largas temporadas entre nosotros. Pero no es frecuente que un artista canario exponga en Alemania. Fernando Álamo nació y reside en un territorio dis-

tante, de geografía africana y cultura europea, de piel bárbara y alma civilizada. Unas islas más conocidas como destino turístico que enclave cultural. Un paraíso solar que, sin embargo, no es ajeno al debate de las artes plásticas de este siglo. Ya en 1935 se organizó en Tenerife la IIª Exposición Internacional del Surrealismo, antes que en París o Londres, con obras de Ernst, Dalí, Miró, Tanguy, De Chirico, Picasso, Arp... Artistas como Manolo Millares y Óscar Domínguez también amanecieron en estos peñascos atlánticos. Fernando Álamo ensancha esta tradición.

El sedimento surrealista de su pintura no emerge sólo como una contaminación cultural, en mayor medida lo otorga la convivencia con playas de arenas negras, intrincados bosques de ancestral laurisilva, verodes que habitan en los tejados, mares de helechos, árboles que sangran, que llamamos "dragos", paisajes volcánicos que parecen alucinaciones pétreas... La flora y la orografía de las Canarias es extravagante y onírica, pero Fernando Álamo no la representa, lo que vierte a su poética es su esencia anómala y su inconsciente. Los añade a su deambular por la historia del arte y del tiempo, a su vicisitud existencial.



Paseo por el Museo Canario, 1997. Técnica mixta sobre tela, 114 x 193 cm.